

Todos los personajes y argumentos
que aparecen en esta novela,
que pueden coincidir en la vida real,
son ciencia ficción,
pura coincidencia
con la imaginación del autor.

PRÓLOGO

Familia rica, familia pobre. La desigualdad en el escalón social entre la una y la otra es tan grande, que la más débil siempre busca sobrevivir sobre la otra con artimañas, extorsiones y hurtos, llegando a enzarzarse en una convivencia surrealista e inmoral.

El suceso tuvo lugar una noche de verano, 13 de agosto de 1944, en el Hospital Provincial de Murcia. A partir ese momento, se desarrolla una intriga envidiosa de los hijos de la familia pobre, mientras la familia rica vivía ignorando el cambio de su hijo robado.

Surgen homicidios por herencia, dinero, envidia y frustraciones. Todo se desarrolla en torno al protagonista, Cristian Quintanilla, provocándole un accidente de coche mortal del que salió ileso después de luchar entre la vida y la muerte. Además, le hacen una encerrona, culpándolo de un crimen que no había cometido. Surge todo alrededor del protagonista, que se ve implicado en problemas, siendo una víctima inocente de todo ello. Su vida social se desarrollaba con humildad y sencillez, como cualquier otro ciudadano normal.

Capítulo 1

En la época de la posguerra española, el hambre y la miseria hacían estragos en los hogares de las familias de la Región de Murcia. Días y noches se quedaban sin comer, al igual que el resto del país. La noche del sábado 13 de agosto de 1944, el reloj que colgaba en la pared del hospital marcaba las dos de la madrugada y hacía un calor enorme a pesar de ser de noche.

¡Así empezó esta historia!

Ana Rosa Fuentes de la Torre, en compañía de su marido Carlos de Miranda Guzmán, ingresaba de parto en el Hospital Provincial de Murcia.

La doctora Dolores Vargas de Loyola les recibió en su consulta. Desde el primer momento de su embarazo, les venía tratando en su consulta privada y les había aconsejado que ingresara en el hospital, donde trabajaba como médico especialista en ginecología, cuando se pusiera de parto.

La época era muy dura. Las clínicas de Murcia no estaban muy bien dotadas en esos momentos de instrumentos quirúrgicos esenciales y escaseaban las gasas, algodones y esparadrapos; eran las necesidades más elementales. Algunas clínicas no tenían ni mobi-

liario en sus consultas, y la tecnología de la época no había avanzado prácticamente. Tenían sólo lo básico para traer hijos al mundo. A pesar de ello, muchas mujeres parían en casa por falta de recursos económicos, e incluso a alguna de ellas le costaba la vida.

Habían transcurrido 5 años desde que terminó la Guerra Civil Española, y tantas eran las necesidades, que muchas familias se quedaban días enteros sin comer. Se llegó a limitar la comida por parte del Gobierno a través de una cartilla de racionamiento, que era la forma de que llegara bien el reparto de alimentos a los ciudadanos. Hubo momentos en que la peseta no tenía valor. La época era muy dura y se llegó a poner de moda el trueque. Las hortalizas que sembraban los huertanos en sus tierras, se cambiaban por otros alimentos en tiendas o mercados formados por puestos privados que hacían en las plazas de la ciudad, y en otros casos servían para su dieta alimentaría del día a día.

El parto estaba siendo difícil, la placenta cerraba la salida del niño y lo más complicado era que venía de pie. Tanto la madre como el hijo corrían peligro.

La doctora Dolores Vargas de Loyola exploraba a fondo la vagina de la paciente.

—¡Ay, Dolores! —decía ésta quejándose de dolor por la mano en el fondo de su vagina.

La ginecóloga comprendió que sus contracciones eran muy fuertes y seguidas. La criatura estaba a punto de llegar al mundo y el peligro de asfixia era evidente. El cordón umbilical rodeaba el cuello de la criatura.

Sin embargo, a pesar de las circunstancias por las que estaba pasando Ana Rosa, sólo pensaba que el bebé fuese un niño con tal de complacer a su marido que tan-

ta ilusión le hacía. Su rostro pálido y desencajado estaba roto, su imagen lo decía todo y de la frente brotaban chorros de sudor que se deslizaban por sus mejillas. Los quejidos de dolor eran estremecedores, sus labios secos le impedían articular palabra y el eco de sus gritos podía oírse por todos los pasillos del hospital.

Carlos de Miranda Guzmán oía a su mujer en el departamento contiguo al mismo, independizado a través de una cortina de tela que protegía la intimidad de la paciente, e intuía que el momento había llegado.

La doctora Dolores Vargas vestía con bata y pantalón blanco. Del pecho prendía un cartelito con su nombre junto con la especialidad en ginecología. En el cuello le colgaba el fonendoscopio que le servía para reconocer a los pacientes. Con ojos pardos y corto cabello rubio, le acompañaban una piel blanca, y los dientes apenas se dejaban ver a través de los labios. A sus 50 años de edad, había experimentado muchos partos a lo largo de su vida profesional. Esto le servía de respeto y admiración de su equipo personal y del resto de sus compañeros del hospital.

Se despojó de los guantes de goma que llevaba puestos en las manos, miró a Maribel Toronja, la enfermera que le acompañaba, y le dijo:

—El bebé está deseando salir. Llévala al paritorio. Hay que intervenirla inmediatamente, el niño corre peligro.

Comentó lo del niño, pero no dijo nada sobre ella, que también lo tenía.

La enfermera desbloqueó el freno de las ruedas de la cama y salió camino del paritorio a toda prisa.

—Todo saldrá bien, te haremos la cesárea y de esa forma evitaremos problemas —siguió diciendo la docto-

ra para tranquilizarla, al tiempo que giraba su rostro al ver venir a Carlos de Miranda Guzmán.

—Dolores, por favor, dime que es un niño —preguntó Ana Rosa mientras Dolores volvía la cabeza antes de salir por la puerta.

—Sí, será un niño —la tranquilizó mientras miraba al marido.

Desaparecieron a través de la puerta de la consulta hacia el paritorio. La doctora cogió el brazo de Carlos saliendo al pasillo en dirección a la sala de espera mientras le decía que esperara y que sería informado de todo. Carlos obedeció mientras ésta se alejaba camino del quirófano sin pronunciar palabra, y tomó asiento en uno de los bancos que había en la sala de espera.

Ana Rosa, en el lecho del paritorio, permanecía con las piernas abiertas sobre los soportes. Un lienzo blanco cubría todo su cuerpo dejando al descubierto sólo la parte por donde nacería el bebé.

El equipo de la doctora Vargas esperaba con todo preparado. Se dejaba ver el suero y la bolsa de sangre, colgado de un soporte que prendía las gomas que conectaban al brazo de Ana Rosa a través de la vía que pinchaba su carne. El equipo de ayudantes se componía por el doctor Mario Ramos, la comadrona Alejandra Temprano y la enfermera Maribel Toronja.

—¡Dolores, no puedo más! —exclamó Ana Rosa al verla entrar.

—Vamos a empezar, ¿está todo preparado tal y como dice su historial? —preguntó mirando a su equipo médico.

Éstos asintieron con la cabeza sin pronunciar palabra impedidos por la mascarilla que les tapaba las bo-

cas. Empezaron a aplicarle la anestesia y a realizar el parto.

Carlos de Miranda, ajeno a los movimientos que había en el paritorio, ojeaba los cuadros típicos regionales que colgaban en la pared de la sala. En ellos se podía ver barracas de aperos de labranza, niños jugando, huertanos trabajando la tierra, mujeres con pañuelos negros en la cabeza y con vestidos que llegaban hasta los pies mientras daban de comer a las gallinas, pintados al óleo. A todos ellos acompañaba un cuadro de Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España. Había una media docena de bancos de madera realizados por artesanos carpinteros de la ciudad. Se podía ver que no había ningún tipo de lujo. En una de las esquinas del fondo de la sala se veía una mesita pequeña, y encima había numerosos periódicos. Carlos de Miranda cogió uno de ellos. Tenía donde escoger: La Verdad, La Región, El Liberal, El Diario de Murcia, La Opinión y el Levante Agrario. De éste último fue su fundador y propietario don Tomás Maestre en 1934. Eligió uno y empezó a leer.

El calor era insoportable, el termómetro que colgaba en la pared de la sala marcaba 30 grados de temperatura a pesar de que era de noche. Varias ventanas estaban abiertas para aliviar el calor.

Carlos vestía con traje chaqueta, pantalón de color gris oscuro, camisa blanca y corbata a rayas rojas y amarillas. Ojos azules, tez morena, cabello castaño y una estatura de 1'80 no dejaba lugar a dudas de que era el hombre que toda mujer le gustaría tener a su lado.

Su residencia habitual era en la calle del Paseo Rosales, de Molina de Segura. Poseía una industria de

conservas vegetales en el polígono industrial, fuera del casco de la ciudad, heredada de su padre. Era bastante despistado y no intuyó la presencia de un adolescente sentado en uno de los bancos de madera.

—Hola chico, no te había visto —le dijo.

—No importa —respondió éste sin levantar la cabeza.

Carlos sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta y se encendió uno dando varias bocanadas de humo al vacío de la sala.

—¿Tienes familia aquí? —preguntó Carlos.

—Mi madre. Lo más probable es que esté pariendo en estos momentos.

—¿Sois de aquí de Murcia? —siguió preguntando Carlos de Miranda.

—No, somos de Molina de Segura. Salimos ayer mañana con nuestro asno cargado de hortalizas para cambiar por otros productos de alimentación que no tenemos en casa y se puso de parto —respondió el muchacho.

—¿Y tu padre?

—Murió hace unos meses. Mi madre y yo tenemos que trabajar la tierra para sobrevivir. De esta forma cubrimos el hueco que nos ha dejado.

—Lo siento, te acompaño el sentimiento. ¿En que zona de Molina está vuestra residencia? —siguió insistiendo al chico.

—En el Paraje de la Hijuela, en una barraca junto al Río Segura —guardó silencio un momento y continuó— ¿Me das un cigarro? estoy sin fumar todo el día y lo deseo tanto como el comer.

Carlos de Miranda quedó atónito ante la arrogancia del muchacho.

—¿Cómo puedes fumar a tu edad? Eres un niño todavía.

No le gustó nada lo que le dijo y su reacción fue fulminante, como pulsado por control remoto y con cara de muy pocos amigos.

—Ni que fueses el cura de mi pueblo para darme un sermón, vete a tomar por el culo —y desapareció de allí en un abrir y cerrar de ojos.

Carlos de Miranda comprendió la falta de cultura del chico. El hambre y la miseria de la época daban unos frutos negativos que había dejado la Guerra Civil en la sociedad española. El nivel social y cultural era el más bajo de la historia contemporánea de una España rota. La pertenencia a una banda de adolescentes que extorsionaba y robaba era lo único que había aprendido. Carlos de Miranda ignoraba que viviera en una familia desestructurada, dando ocio a la convivencia con otros chicos en los suburbios de las chabolas de las afueras de su misma ciudad.

Felisa Quevedo Juárez, madre del muchacho, estaba de parto. Ingresó en el hospital siendo la cuarta vez que lo hacía. Sus dos primeros hijos nacieron muertos. El tercero Valerio, de 15 años de edad, siempre acompañaba a su madre. Esta vez lo hacía desde Molina de Segura con un asno cargado por unas aguaderas de esparto realizadas por su marido que iban llenas de hortalizas sembradas en el Paraje de la Hijuela, junto al Río Segura. Valerio pese a su corta edad, ayudaba a su madre en las tareas de la siembra. Felisa ignoraba por completo que participaba en una banda de adolescentes que perpetraban robos a los ciudadanos. Ellos no sabían ni leer ni escribir. Hicieron el viaje con un asno para cambiar hortalizas,

frutas y verduras en la tienda de la calle Trapería de Murcia a cambio de aceite, arroz, quesos, sal y prendas de vestir, que era lo más elemental de sus necesidades en esos momentos.

A raíz de la Guerra Civil Española, que comenzó el 17 de julio del año 1936 y terminó el 30 de marzo de 1939, se permitió usar el trueque, el cambio de alimentos y otras necesidades por otros que no se poseía. Todo era muy duro en la posguerra debido a que no había nada que comer, sólo hambre y miseria. La peseta apenas tenía valor, sólo prevalecía la materia prima.

Felisa se puso de parto y los dueños de la tienda la llevaron en una tartana de cuatro ruedas tirada por un caballo al Hospital Provincial de Murcia. Una vez más, volvió a dar a luz, meses después de morir su marido. Felisa sufrió el maltrato físico y psicológico durante su matrimonio. Su rostro demacrado y la adicción al alcohol deterioraban aún más su imagen. Tenía un vacío en su vida y nada tenía sentido para ella. Casi siempre bebía para olvidar, dedicando tiempo a refugiarse en la desgracia en que había caído.

Las contracciones eran fuertes y seguidas, su vagina había dilatado unos diez centímetros y el parto era evidente. La comadrona Maribel del Amor, como mencionaba el cartelito que prendía de su pecho, al igual que su enfermera, Nieves Flores, atendían a Felisa en el paritorio contiguo al de Ana Rosa. Estaba acostada con las piernas abiertas en alto sobre los soportes, y un lienzo de tela blanco cubría su cuerpo, dejando ver sus encantos para facilitar la salida de la criatura. La comadrona fue a explorarla cuando la cabeza de la criatura se dejaba ver a través de la vagina.

—¡Felisa! —exclamó ésta— tengo su cabecita entre mis manos, vamos a sacarle.

Tiró lentamente de la criatura hasta salir al exterior, limpió primero la nariz para que respirara seguido del resto de su cuerpo, le dio un azote en las nalgas mientras lo cogía de los pies con una mano para que desahogara sus pulmones a través del llanto, cortó el cordón umbilical y puso al niño encima del peso, que marcaba 2 kilos y 800 gramos. Medía 51 centímetros de largo. Lo envolvió en un pañal blanco y lo entregó a la madre.

—Toma a tu hijo —le dijo la comadrona— ¡Qué facilidad tienes para traer hijos al mundo! No te pareces a la señora adinerada que tenemos en el paritorio de al lado, que tiene dos médicos, una comadrona y una enfermera, de lo mejor técnicamente que hay en este hospital. La verdad es que el dinero lo puede todo. Tiene una industria conservera en Molina de Segura y mucho dinero. Según tengo entendido, son de los más ricos de Murcia.

La enfermera le gustaba hablar de los demás, menos de lo suyo. Empezó a lavarla con agua y después la secó. Le puso gasas y algodones para proteger la vagina, sujetado con esparadrapos en caso de hemorragia. Por último, la comadrona y la enfermera se lavaron las manos en las dos palanganas que habían previsto con agua. Después, se secaron con toallas una vez quitados los guantes de goma. Felisa quedó impresionada por el comentario de Maribel de Amor ¿sería verdad lo de la señora millonaria? —se preguntaba a sí misma.

—Éste es el cuarto hijo que he tenido. Los dos primeros me nacieron muertos, el tercero, de unos 15 años, estará por los pasillos. No sé si habrá comido algo, es-

tamos acostumbrados a pasar días sin comer —confesó Felisa.

Felisa Quevedo Juárez presumió de ser mujer fuerte. Sin embargo, se estremeció al oír la fortuna de esa señora. El dinero era su debilidad y tuvo una sensación que le recorrió todo el cuerpo. Algo dentro de ella empezó a engendrarse. Su mente le martilleaba una y otra vez y una voz en su interior le decía “si tu hijo viviera con ella, sería rico ¿a qué esperas?”.

La voz de la comadrona la sacó de sus pensamientos:

—Felisa me llevo al bebé, voy a dejarle en la cuna nido. Tu hijo mayor está en el pasillo. Ha comido y cenado con nosotras en el comedor, puedes estar tranquila.

—Muchas gracias —respondió ésta.

El niño se lo llevó Maribel del Amor, abrigándolo con las ropas que poseían las cunas nido. Había un departamento de enfermeras entre medias de cada dos habitaciones. Esa era la distribución de la zona infantil del hospital que obligaba a las enfermeras a controlar a los bebés y a sus madres a través del cristal teniendo una visión completa de las pacientes.

—Señor Carlos —dijo una voz al verlo dormido en la sala de espera— véngase usted conmigo. Le espera la doctora Vargas en su despacho.

Carlos de Miranda Guzmán abrió los ojos, observó que era una enfermera, se incorporó sin pronunciar palabra y la siguió hasta la puerta del despacho.

—Pase usted —comentó ésta haciendo un gesto con la mano.

—Gracias —dijo al tiempo que entraba por la puerta— ¿Se puede?

—Pase usted, le estamos esperando —se apresuró a decir la doctora Vargas— tome asiento, por favor. Enhorabuena Carlos, todo perfecto. Su señora se encuentra bien, sigue con los efectos de la anestesia y a primera hora de la mañana podrá usted verla. El bebé es un varón muy hermoso. Ha pesado 3 kilos, 600 gramos y mide 54 centímetros de largo. Tiene los ojos azules como usted. La enfermera le acompañará para que lo vea.

—Le deseo lo mejor a usted y a su familia —decía el doctor Ramos al tiempo que alargaba el brazo estrechándole la mano.

—Gracias, estoy muy agradecido a ustedes por lo bien que lo han hecho —besó las mejillas de la doctora y siguió detrás de la enfermera para ver a su hijo.

La comadrona Maribel del Amor iba acomodar al niño de Felisa en la cuna nido después de darle un biberón de leche mientras su compañera Alejandra llegaba con el niño de Ana Rosa en brazos desde el otro paritorio.

—¿Qué tal el parto de la señora millonaria? —preguntó Maribel desde la habitación de Felisa a través de las cristaleras.

—Muy bien —decía mientras acomodaba al niño— pero ha sido un parto complicado, aunque la doctora Vargas lo tenía meticulosamente todo muy bien estudiado.

Al ver aparecer la presencia de Carlos de Miranda cuando la enfermera abrió la puerta de la habitación, las dos mujeres quedaron en silencio mirándole sin pronunciar palabra.

—Pase, por favor —dijo Alejandra volviendo a retomar de nuevo al bebé de la cuna— tome, es una preciosidad de niño. Llegará a ser más grande que su padre.

Carlos sonrió al comentario de la comadrona, tomó al niño entre los brazos con una sonrisa de oreja a oreja agradeciendo el cumplido de la comadrona.

—Mire cómo duerme, es muy bueno —dijo mientras le besaba dos veces en la frente para después entregarle el bebé de nuevo a la comadrona.

—Si hubiera visto como lloraba hace unos minutos —respondió ella—, pero una vez que se tomó el biberón, cerró los ojos y se quedó dormido.

—La verdad es que estoy muy agradecido con los doctores y con ustedes, son estupendos, su dedicación y profesionalidad ha sido excelente. Ahora debo de marchar, hasta pronto.

Se alejó del dormitorio cuna camino a la sala de espera. Quería fumar un cigarrillo para quitarse la tensión acumulada en tan poco tiempo.

—Hasta luego —saludó ésta, al verlo marchar.

—Alejandra ¿sabes lo que te digo? —le preguntaba Maribel desde la habitación de Felisa— ahora que estamos tranquilas después de una larga noche, vamos a tomarnos un café antes de que se nos enfríe el termo.

—De acuerdo —respondió ésta— vamos, no sea que nos vengan otros ingresos con ganas de parir y después no podamos hacerlo.

—Vamos, antes de que se enfríe —miró a Felisa—. Ésta se ha quedado dormida.

Felisa Quevedo se hizo la dormida, seguía obsesionada con la mujer adinerada. El miedo le recorría por las extrañas y la cabeza le estallaba. Los oídos le zumbaban. Dentro de la sábana se apretó los oídos con las manos, sentía una voz que le decía una y otra vez “cambia a tu hijo por el niño rico”. La presión le atormentaba, no sabía si estaba bien o mal lo que iba hacer. Aho-

ra o nunca, su mente le martilleaba. Agarró al niño entre los brazos, salió al pasillo, cogió la manivela de la primera habitación y empezó a moverla, casi no podía mantenerse en pie, sabía que era una locura lo que estaba haciendo. La manivela no giraba, la puerta estaba cerrada, los nervios la atenazaban. Quedó unos segundos inmovilizada pensando, entonces se dio cuenta de que no era la habitación de la mujer adinerada sino de las enfermeras. Oyó las voces de Alejandra y de Maribel del Amor cómo hablaban entre ellas y siguió por la siguiente puerta. No quedaba tiempo que perder, en cualquier momento la podían descubrir. Esta vez sí se abrió la puerta de la segunda habitación, entró corriendo, dejó a su hijo en el suelo, cogió el niño de Ana Rosa que estaba en la cuna nido, lo dejó en el suelo y al suyo lo depositó en el puesto de éste, cogió de nuevo al niño de Ana Rosa y salió corriendo.

Las dos mujeres entraban por el pasillo al mismo tiempo que Felisa cruzaba la puerta de su habitación, décimas de segundo habrían bastado para verla. Las voces se volvieron a oír de nuevo, pero esta vez más cerca. Los nervios paralizaron sus manos. Pisó con el pie izquierdo un trozo de la manta que envolvía al niño al depositarlo en el nido giratorio, estuvo a punto de que se le cayera al suelo. El niño no llegó a despertar de su profundo sueño y lo dejó en la cuna envuelto en la manta. Después, se dirigió como pudo hasta la cama, apenas podía andar. El dolor se apoderó de ella, dio un traspie y unas gotas de sangre se desprendieron de su cuerpo manchando el suelo de la habitación. Llegó a la cama como pudo, empezó a temblar, su presión arterial estaba por las nubes. Un nudo en la garganta la atenazaba.